



Marcelo Viñar

Médico-Psicoanalista

marvin@belvil.net

Citación recomendada

VIÑAR, Marcelo (2014).
«Notas sobre la juventud hoy».
En: InterCambios, n°1, junio.

Notas sobre la juventud de hoy.

Que le pidan a un viejo, bien entrado en la tercera edad, (la última), que escriba sobre la juventud de hoy puede ser entendido como una trampa mortal. ¿Con qué derecho?... ¿qué legitimidad puede asistir esa iniciativa? Si la gerontocracia ha muerto, ¿no se han enterado de que aquello de que “el diablo sabe más por viejo que por diablo” es una verdad perimida?

“No veo esperanza para el futuro de nuestro pueblo, en tanto dependa de la frívola juventud de hoy, pues ciertamente todos los jóvenes son increíblemente irresponsables..., son demasiado impulsivos y los límites los impacientan”.
Hesíodo, Siglo VIII aC.

“Los jóvenes de hoy aman el lujo, están mal educados, desdennan la autoridad, no tienen ningún respeto por sus mayores y charlan en vez de trabajar. Ya no se ponen en pie cuando un adulto entra en la habitación en donde se encuentran. Contradicen a sus padres, en la mesa se apresuran a engullir los postres, cruzan las piernas y tiranizan a sus maestros”.
Sócrates, Siglo V aC

Palabras clave: conflicto intergeneracional, procesos de subjetivación, contexto cultural.

Yo podría ocultar mi aversión por ciertas músicas y modas, y otros productos culturales que tienen hegemonía en la actualidad y postular con L. Cornu -como he hecho muchas veces- que cada generación debe parir su propia originalidad.

Hubo una vez por los 90', al retorno del exilio, cuando aún no se me habían deteriorado mis ideales sesentistas, que en una reunión, una lúcida joven me espetó: “A mi no se me cayeron los ideales ni se me fracturaron las memorias” Su falta de respeto me marcó honda y favorablemente, mostrándome cómo la trampa etnocéntrica nos captura a todos y me ayudó a comprender que el relevo valórico entre generaciones es un hecho ineludible y necesario, y fuente de progreso... (así lo ansío) o quizás del retroceso.

Y estos acontecimientos fueron previos a la revolución sexual y la revolución informática que se instala rápidamente en nuestra cultura ciudadana entre los 90 y el 2000. Pues sí, los tiempos corren, y mi artrosis, la de los huesos y quizá la de las neuronas me hacen desplazar lentamente y evocar con nostalgia las épocas en que los jóvenes se jactaban con grandes relatos en ser novelistas de sí mismos, un si-mismo donde convergía el proyecto personal y el colectivo.

Podría jugar al viejito bueno y mirar a la juventud admirativamente, lo cual es en parte cierto porque ellos están por jugar el partido que yo ya jugué y el buen hincha es aquel que quiere que su cuadro gane, aún refutando todo principio de realidad...

Pero si acepto el desafío es justamente por lo contrario. No por las

verdades que yo pueda conjeturar acerca de los jóvenes de hoy, sino por los conflictos que me crean sus conductas. Para restablecer la plena vigencia del conflicto intergeneracional (un motor de la historia) y no caer en la trampa de un juvenilismo edulcorado. Un buen partido requiere dos contrincantes en competencia, si uno de ellos gana en todo, el partido es aburrido y el resultado empobrecedor. Porque, como decía José Pedro Barrán, muchas veces un documento habla más del interpretante que del tema u objeto que quiere estudiar, habla más de la mirada que de lo mirado, en el modo de formular las preguntas y los planteos.

Es a esto que quiero arriesgarme y estaría más atento a las réplicas y objeciones que a mis propias afirmaciones, porque pienso que es más fecunda una controversia, potencialmente más enriquecedora que un cómodo repliegue en el *laissez faire*, lo que en mi limitada observación, es la posición prevalente en los padres y docentes de hoy, que no ejercemos límites ni autoridad, temerosos que nos tilden de autoritarios.

Desde mi oficio de Psicoanalista

¿Qué hacen juntos terapeuta y consultante, analista y analizando?, Dialogan, responde Freud. Tomemos pues como punto de partida ese acto elemental e instituyente de nuestro quehacer, el paciente viene, se presenta y habla, es decir despliega un relato acerca de quién es, de lo que le ocurre y de lo que le hace sufrir. Como dice Vladimir Propp, en “Morfología del cuento”, estos son infinitos pero en último término todos corresponden a una misma y única estructura, en el cuento confluyen lo único y lo múltiple. Si bien la diversidad y singularidad expresiva del ser humano es infinita, vamos aprendiendo a reconocer rasgos, itinerarios y estructuras comunes para lo que alguna vez se llamó fantasías de enfermedad y

de curación, (Aberastury) esto es, una teorización elemental de lo que anda mal en su espíritu y en sus expectativas para enmendarlo o repararlo. Allí opera nuestra posible sagacidad para personalizar el conflicto psíquico, identificar o reconocer las ansiedades y defensas prevalentes y modificar su malestar en la cultura.

Un día, esta apertura de juego, llamémosla “tradicional”, comenzó a cambiar. No siempre, pero con una frecuencia en progresión, me ocurría que concluíamos la secuencia de encuentros iniciales con la sensación de extrañeza de no saber con quién habíamos conversado, que algo de su humanidad se nos había escapado, que la empatía (*einfühlung*) fundadora de este peculiar encuentro contratado con fines terapéuticos, había estado ausente de la cita.

A lo largo de los años, la insidiosa persistencia de esta perplejidad nos fue convocando a la reflexión. Era el uso del habla y no su contenido lo que me dejaba atónito. Habitados a que toda narrativa de padecimiento psíquico apunta, aunque sea erráticamente, a la búsqueda de sentido, de un sentido faltante, y que, en el campo dialógico de la situación terapéutica, busca convencer y seducir, era ésta la lógica en la que los terapeutas estábamos formateados. Esta era la materia prima que el neurótico de la modernidad nos brindaba en abundancia –a veces en exceso– y que hoy se ve reemplazada (no como rareza sino en una frecuencia significativa y creciente) reemplazada, digo, por una palabra catártica, explosiva, en una descarga sin pausa, que desconoce o no busca la interlocución, sino que insiste y persiste en la reiteración de una queja, un lamento circular que no busca una progresión de la secuencia, sino que reitera, sin comienzo ni fin, un monólogo que prescinde del interlocutor, que se escucha a sí mismo como autosuficiente y sin destinatario que importe.

El diálogo inicial de la película “*Social Network*” (Red Social) de David Fincher, donde el adolescente de Harvard, Mark Zuckerberg, luego

inventor de Facebook, habla con su novia, me resulta un ejemplo elocuente de lo que quiero significar: un lenguaje operativo, sin efectos metafóricos que evoca los trabajos sobre enfermedad psicosomática de la escuela de París (M’Uzan).

Desde la interdisciplina

Esta experiencia no quedó aislada o confinada al reducido universo de mi consultorio sino que se redobla (¿o confirmaba?) en el diálogo con alumnos y con los docentes que me dicen que ya no saben cómo serlo: una dificultad creciente para conquistar o conseguir la complicidad empática que requiere el acto pedagógico. Y también se constata en los productos culturales de moda: el carácter fugaz y evasivo de la palabra en el video clip y en la discoteca, donde a un volumen de decibeles infernal y en general sobrestimulado por el consumo de psicoestimulantes, cada quien balancea su cuerpo en una gestualidad que remeda el aislamiento del comportamiento autista o hebefrénico, y los textos de la letra musical nos resultan pobres y a menudo carentes de poesía. Para mi perplejidad y estupor, la palabra y el erotismo resultaban disociados y ajenos entre sí. (Me arden las orejas pensando que mi lector –si existe– se burla de un viejo anticuado y fuera de época). Yo buscaba explicaciones y las respuestas venían por el descabro del orden patriarcal y el derrumbe de las formaciones colectivas, o la declinación de ideales y utopías compartidas. El sociologismo de las respuestas era contundente pero me impedía adentrarme en los meandros de la intimidad, que es lo que el psicoanalista privilegia y trabaja. Es el ser con uno mismo que alimenta las maneras de estar juntos, es decir de crear lazo social en una tensión entre lo original y lo compartido, entre lo homogéneo de la moda y lo singular de la persona. Sostener esta tensión entre espacio íntimo o privado y códigos colectivos cambian-

tes, me parece un trabajo psíquico imprescindible para definir la calidad o actividad de los procesos de subjetivación.

Es justamente esta interfase la que procuro enfocar y explorar, la arista que une y separa lo íntimo y lo colectivo o consensual. Siempre que decimos factores psicosociales, anulamos la complejidad de esta frontera es un órgano activo que selecciona lo que incorporar y lo que rechaza. En el mundo de hoy, afirma Marcio Giovenetti, subjetividad y ciudad, sujeto y cultura, constituyen una amalgama única. Esta aseveración ¿es progreso o retroceso?

Como bien advierte A. Ehremberg se trata de no psicologizar el conflicto social, pero también existe el riesgo inverso, sociologizar el conflicto psíquico. En todo caso, en las actuales expresiones del malestar en la cultura, una semiología fina y un debate a fondo de qué es endógeno y qué es exógeno en las penurias del psiquismo, es una investigación pendiente.

También consigno un mundo adulto que lejos de compartir mi peripecia, se batía en retirada, con conductas de repliegue o de fuga, una gerontocracia derrotada o un sesentismo desencantado frente a un mundo que se dirige en dirección contraria a sus ilusiones y utopías, y percibe las libertades juveniles como el logro que revertía su derrota. Y sobre todo temeroso de que todo “No” al juvenilismo triunfante, pudiera confundir autoridad con autoritarismo. Por consiguiente, el tumulto del perpetuo conflicto intergeneracional había cesado y los jóvenes habían ganado por “walk-over” (creo que así se llama en boxeo cuando uno de los contendores se retira). El juvenilismo rampante se torna hegemónico y ejemplar y todas las generaciones nos acompañamos a sus valores estéticos y éticos (o comportamentales).

Admito que homogeneizar el paisaje o el arco iris de situaciones que siempre son múltiples y contradictorias es una sobresimplificación. Sim-

plemente intento compactar en una breve caricatura aquellos rasgos del cambio social que más me asombran e interpelan. También busco focalizar el lugar protagónico de la actitud del mundo adulto, o de toda la sociedad, para no atribuir las bizarrerías de conducta a quien sabe qué mutación misteriosa de los jóvenes y adolescentes de hoy. (Algunos jefes de gobierno europeos resultan paradigmáticos) Cada sociedad produce los adolescentes que merece.

El mal de la modernidad, sostenía Walter Benjamin en 1936, es la desaparición de la comunidad de oyentes, el agotamiento del relato sedentario del campesino o el errante del marino. El de hoy es un tiempo pletórico y vertiginoso donde se extingue el pájaro fantástico del aburrimiento, que es donde sedimenta y se elabora la experiencia vivida. De lo que hoy estamos faltantes es de un tiempo de remanso para el relato y la memoria (donde las cosas ocurren por segunda vez, dice Paul Auster) Pausa en los vínculos, para saborear el deleite, exhibar el debate o dirimir el conflicto.

La urbe gigante y anónima, la saturación y velocidad de los transportes y la plétora de la información, cambian nuestra existencia cotidiana y caracterizan o definen la vida contemporánea. De sentirnos actores de la historia, al menos de una historia, pasamos hoy a ser televidentes pasivos de un mundo en convulsión, con un caudal de datos y problemas que estamos lejos de poder pensar, digerir o metabolizar. El destino del mundo y de nosotros mismos ya no nos pertenece, está en manos de fuerzas determinantes que escapan a nuestra acción y pensamiento. O así lo sentimos y lo creemos para justificar una pasividad paralizante que prevalece. Los jóvenes de la primavera árabe o la actualidad pujante del movimiento estudiantil en Chile, parecen ser saludables excepciones a una generalización homogeneizante.

La superpoblación y sobreexplotación del planeta, el riesgo de agotamiento de recursos esenciales, (como el agua y los combustibles fósiles), son

el marco catastrofista y lúgubre donde se inscribe la pequeña humanidad de nuestra subjetividad y lazos sociales. El progreso de la técnica y la robótica desplazan y relegan la importancia de la mano de obra humana en la transformación de la materia prima en producto elaborado. (Ulrich Beck y Vivianne Forrester así lo consigan), y así se constituye un sistema productivo que procrea masas de hombres superfluos o supernumerarios, excluidos del sistema y de la economía de subsistencia. Amén de los pronósticos lúgubres del cambio climático y sus efectos o del agotamiento del petróleo y sus consecuencias. Un mundo que multiplica el desempleo y la mano de obra ociosa o condena a la mayoría de los menos calificados a la tarea robotizante de ser cajera de supermercado, o agente de seguridad o de call-center. Mi homenaje a los patriotas que pueden desempeñar estas tareas sin enloquecer, imagen menos humorística que el Chaplin de “Tiempos Modernos” saliendo de la fábrica. Pero como bien puntualiza Jean Furtos, todo esto configura un catastrofismo que se denuncia impudicamente y ocupa toda la escena, donde lo que está ausente son las propuestas, o siquiera balbuceos para formular un esquema que articule ecología con economía sustentable, que se pueda erigir como protesta contra la fatalidad de un destino apocalíptico. Los alter mundialismos son, hasta hoy, el privilegio de minorías esclarecidas.

En este escenario macro se bordan nuestros lazos sociales y los procesos de subjetivación. La exclusión, la anomia, el no ser nadie para nadie, es el fantasma que recorre la ciudad y atraviesa las mentes, y así vuelve a los seres humanos menos solidarios, más individualistas y competitivos, más proclives a la droga y/o a la delincuencia. Competir o sucumbir parece ser la consigna en la plenitud de una lógica maltusiana.

En la modernidad líquida (Bauman, Lewkowicz), el vértigo de los cambios es incesante y ese ritmo social acelerado se interioriza como

presente sobrecalentado y pletórico. Presente dilatado que devora al ayer y al mañana.

En la convergencia del progreso del conocimiento de la fisiología de la reproducción y la expansión de los métodos anticonceptivos, que permiten disociar la función orgásmica de la procreación y de un cambio de mentalidad que atenúa o aleja la “culpa” en la sexualidad, los marcos de libertad son gananciosos. Aunque no siempre exitosos.

En nuestro grupo sociocultural lo habitual –como es sabido– es que los las púberes se reúnan poco antes de medianoche a entonarse con alcohol y pasen la madrugada con la música a un volumen que proscriba el diálogo y rompe los oídos, y suele terminar en el coito anónimo y fugaz. Como no soy participante ni testigo presencial y lo que relato es “de oídas”, por lo que muchos relieves del encuentro me son ajenos. Pero la sexualidad, que siempre es desmesura y nos descoloca, merece desde siempre ser interrogada. Con esto le tiro un guante a los protagonistas para que me explique o refuten.

Pero este modo de ejercer la vida erótica es un parámetro, elocuente y visible de la relación al tiempo vivencial interior. El tiempo social acelerado y pletórico de acontecimientos, se interioriza como tiempo vivencial interiorizado. More is better, resulta un tobogán peligroso. Facebook, Google y estudiar se trenzan en la simultaneidad, lo que trivializa el disfrute de los tres. Uno se desparra en los demás y se empobrece la relación consigo mismo. Propongo un debate entre jóvenes y viejos sobre ventajas y desventajas, virtudes y defectos de la correspondencia por carta, el e-mail y el chat, sus efectos sobre la calidad del intercambio.

Entiendo y postulo que la mente necesita habitar el tríptico de una temporalidad vivencial donde el presente sea sólo el nudo que articule un pasado de adquisiciones, recuerdos y anhelos con un futuro de proyectos e ilusiones. Sin el transcurrir de ese tríptico, algo de su funcionamiento

se derrumba y deteriora. El exceso de un presente abigarrado opera como el embotellamiento en la autotopista, trastoca la alta velocidad en parálisis. Patología del vacío donde o prevalece el sinsentido, el no sé lo que quiero pero lo quiero ya, (No saben dónde van, pero necesitan ir ligero, declamaba “El Principito” de St. Exupery). Asumo que es saludable adoptar la consigna de no arrimar agua al molino del catastrofismo, sino formular propuestas para “Valorizar las potencialidades de acción”, tarea titánica pasible de múltiples enfoques y perspectivas. Si privilegio el campo de la subjetividad, es porque allí radica mi oficio y experiencia, nada más ajeno a mi propósito que psicologizar lo social con pretensiones monopolíticas. No hay un fin de la historia, ella sigue su curso y cada quien es un actor.

Postulo, como desafío o provocación, que el mundo de la hipercomunicabilidad y la transparencia, exhibicionista, TV y redes sociales que promueve la tecnosociabilidad, es sólo una fachada (o un biombo) para ocultar la desolación subyacente, lo que llamo el “no ser nadie para nadie”. Uso el término desolación en su sentido arendtiano: estar solo (o aislado) entre muchos.

La resistencia, el desafío y el combate a este estado de cosas, es inventar espacios donde volvamos a ser alguien para alguien... tarea infinita pero abordable. El rescate de una intimidad donde la palabra abolida se trueque o revierta en que cada quién pueda volver a ser un pequeño novelista de sí mismo. La invención de espacios donde la palabra lúdica y ociosa contrarreste el vale todo o se oponga a la palabra normativa, tutelar y colonizadora que los adultos solíamos imponer. En suma, la reconquista de un fuero interior propio y poroso, menos susceptible a someterse a la sugestión y la hipnosis que impone el Big Brother televisivo, y quedar allí capturado.

Reconquista de un fuero interior disipado en las patologías del acto: (crisis de pánico, escarificaciones,

conductas de riesgo, trastornos alimentarios, y la panoplia de actuaciones auto o heterodestructivas). Patologías actuales sin soporte significativo, donde, como dice L. Peskin, “la adicción se revela como ausencia de dicción (de discurso)”.

Sigo la consigna freudiana de que los casos extremos, los más graves, pueden ser el paisaje visible, ilustrativo, para detectar y leer los caracteres del malestar en la cultura propia de cada sociedad y detectar los malestares tenues que pasan desapercibidos.

La psicopatología adolescente –mejor llamarla, con David Le Breton, conductas de riesgo o juegos con la muerte– constituye una epidemia en progresión. La muerte violenta es la primera causa de mortalidad en esta franja etaria, ya que los éxitos de la medicina han logrado mitigar o erradicar otros males, y truncan vidas en la flor de ellas mismas. Patología del acto o del vacío, sin correlato discursivo espontáneo como en la queja neurótica, pero con un correlato exhibido en el cuerpo, como correspondiendo a una sociedad que privilegia la imagen y el espectáculo en desmedro “de la comunidad de oyentes”.

El estar mal de los jóvenes se ve más de lo que se escucha: Desde el resurgimiento de los tatuajes y los piercings, como producción cultural en expansión (¿escribir en la piel lo que no tiene palabras para decirse?) hasta las más siniestras escarificaciones, o las crisis de anorexia-bulimia, o el consumo creciente de alcohol y drogas, y la desesperada creación de múltiples tribus urbanas para restablecer el espacio comunitario de mutuo reconocimiento, de construir un “nosotros” identificable ante la ajenez y la indiferencia de los otros, apoltronados en un establishment donde no hay lugar para los jóvenes.

Muchos proponemos la consigna de “una ecología del lazo social” en el restablecimiento del diálogo abolido y el retorno del perpetuo conflicto intergeneracional. En la cultura de la plétora y del vértigo, no hay tiempo ni disponibilidad para la escucha,

para la circulación de la palabra jugetona y ociosa, mediante la cual, a tropezones, encontramos un lugar en el mundo y un sentido a la vida propia. El televisor y la tecnosociabilidad han cambiado nuestra vida cotidiana. Para bien y para mal. Decimos que manejamos el control del televisor, habría que revisar el control que el tiene sobre nosotros, sobre nuestra conducta y tiempo interior.

Sujeto y Grupalidad

La necesidad del otro, humano y personalizado, como “socio rival o adversario” en términos de Freud, es imprescindible e ineludible en la conquista de la mismidad.

Alimento tan esencial para el alma, como el agua y la comida para el cuerpo: Sólo reconocido por otros el humano inviste su humanidad, es el conocido aforismo de Hegel. Salvo la excepcionalidad y ascésis del ermitaño, el ser humano necesita de un grupo de lealtades y pertenencias para existir. Y la multitud anónima es el antónimo del alma colectiva. Vale la pena volver a la semiología arendtiana que distingue entre soledad y desolación.

M.Castells y D.R.Dufour, desde enfoques que se complementan, señalan el surgimiento en las últimas décadas y su crecimiento en progresión geométrica de las religiones sincréticas, las tribus urbanas, las sectas, las bandas o maras, o pandillas. Su éxito reside –consideran– en proveer un remplazo protésico al Gran Sujeto faltante, frente al derrumbe de los metarrelatos que cumplían una función continente y protectora de la estabilidad yoica, como referentes a los que adherir u oponerse.

Estos fenómenos son reveladores de la importancia del otro en los procesos que los psicoanalistas llamamos de estructuración psíquica, de la jerarquía de la Grupalidad en lo que las ciencias humanas designan con los términos de construcción identitaria o producción del sujeto.

Desde siempre el psicoanálisis ha enfatizado la importancia de las relaciones tempranas en la constitución del sujeto. El progreso actual, la ganancia en comprensión, viene consistiendo que en lugar de hipostasiar categorías en la infancia temprana, consolidando puntos de fijación perdurables y quizás irreversibles, hoy leemos los fenómenos y procesos de un modo más dinámico y menos determinista, procurando registrar los algoritmos de cambio, las variaciones saludables o deteriorantes de una causalidad circular y siempre inconclusa. Si la primera infancia es un ancla irreversible para navegar en la vida, el trabajo psicoanalítico pierde vigencia o sentido. En consonancia con las sugerencias de la famosa Carta 52 de Freud, el atascamiento o la superación de los procesos (retranscripciones) que fomentan o inhiben el crecimiento psíquico, no son un problema de psicología evolutiva, sino un problema estructural donde importa más saber el “cómo” que el “cuándo”.

En la anomia del mundo contemporáneo, un terror mayor es salirse del sistema y no ser nadie (significativo) para nadie. Afirmamos antes, que las sectas o tribus constituyen un escudo protector, fetichizando un particularismo para ocultar o anestesiar el desasosiego identitario que refiere Derrida que nos funda y nos asedia desde nacer hasta morir. Para no sentirme solo, abandonado y sin referencias en la aldea planetaria, navegando por las inodoras naves de facebook, recurro al socorro de una pertenencia idolatrada que troca el vacío en certeza. El no-todo del neurótico en sus incertidumbres y deudas; se sustituye por una certeza exaltada y estúpida. El mundo seguro (heimlich) del “nosotros” de la tribu, que anula la diversidad, relegando a un afuera (umheimlich) todo lo que no es la tribu. Un mundo claro y binario, proclive al fanatismo, y caldo de cultivo de integristas y fundamentalismos.

Arendt postula a la diversidad como el rasgo más saliente de la

condición humana, su disolución la carcome. M. Hanecke (cineasta) señala que sentirse detentor de toda la verdad y todo lo justo es la definición de totalitarismo (¿o de paranoia?).

Vivimos en un paísito de 3 millones y medio de habitantes, en un planeta donde viven seis mil millones. En nuestra pequeñez, no somos nada, afirmación que desde el punto de vista geopolítico es correcta, quizás irrefutable. Paradójica y contradictoriamente, desde el punto de vista anímico, ocurre lo contrario. Los uruguayos usamos el chiste de que extractos y venenos se envasan en frasco chico. Hasta aquí mi soberbia patriótica, que podría argumentar al infinito... La utilizo como plataforma para una propuesta: frente a la globalización, al mercado y sus efectos homogeneizantes. No veo otro camino que promover la diversidad, fomentar el multiculturalismo, combatiendo el mundo unipolar de Hollywood como máquina estupidizante y al Pentágono con su industria bélica y criminal.

Es desde esa pequeñez, como antítesis del tsunami de la globalización, que puedo formular una propuesta, tal vez pueril.

En este mundo de la imagen y el espectáculo, el deporte y las producciones culturales se han concentrado como una mega industria donde el provecho mercantil es un eje decisivo. En sus cifras multimillonarias toma más importancia la rentabilidad, que el deleite y la creatividad que fueron, y deben ser, su razón de ser. ¿Cómo combatir la hegemonía del deporte espectáculo; su carácter mercantil, que fascina y petrifica a millones de televidentes simultáneos? Y trasmite –como Hollywood– un mundo binario de winners y losers, que parece ser la regla y el orden que mandata el Big Brother o Gran Otro que gobierna el mundo de hoy. Cómo lograr un Big Bang que pulverice esa concentración y disperse a las galaxias y fabrique estrellas por doquier. Fomentar la expresión local en sus múltiples expresiones. En

mis pasiones juveniles el campeonato interliceal movía tantas o más emociones que el campeonato nacional, regional o mundial. Con la sustantiva diferencia de que éramos protagonistas y no espectadores. La imposición sistemática de patrones estéticos del mundo desarrollado opera en desmedro de la diversidad cultural. En la era informática, la hipercomunicabilidad que propician y fomentan las redes sociales, son la inmensa caricatura de la búsqueda insaciable de ser alguien para alguien. Como sostiene M. J. Santacreu (Brecha 30/12/10): Las herramientas son siempre buenas y sabias: los malos son a veces quienes las usan y no existe tecnología alguna capaz de remediarlo.

Estos productos de la avalancha tecnológica pueden servir para replicar y multiplicar lo anodino y la tontería, pero es simultáneamente un instrumento eficaz y temible para combatir el monopolio de la información y sus manipulaciones. Las recientes rebeliones en el mundo árabe vienen de dar una prueba irrefutable del poder y la eficacia de esta herramienta, de la que surgirán, sin duda, nuevas formas de lazo social que los viejos somos incapaces de predecir.

Desde el inicio de la vida y más aún desde el advenimiento del lenguaje verbal, el humano es un ser hablante (*parlêtre*) que se funda en un entre-dos, o entre muchos, que define la condición humana. Hannah Arendt recuerda que la humanidad del ser humano se

configura en la copertenencia al mundo de otros hombres, lo que importa más que la mismidad autoreferida del sí mismo. Lo que subraya que el lazo social es tan determinante de lo que llamamos identidad humana, que lo que podemos inferir de un sujeto autoengendrado en su constelación pulsional y sus redes identificatorias. Esta afirmación reformula las relaciones entre el Psicoanálisis y las Ciencias Sociales. La investigación psicoanalítica, producto de esa fecunda pero artificial situación del dispositivo de una intimidad, debe abrirse al desafío de lógicas multirreferenciales y navegar en la semiología de procesos multicausales, sin renunciar a leer en los intersticios la causalidad fantasmática que es punto fuerte de su especificidad.

